



*Emilio Oribe
con
Juan R. Jiménez*

P O E M A S

Por Emilio Oribe

Emilio Oribe ocupa, en el último medio siglo de nuestra vida cultural y artística, el lugar que corresponde a una firme vocación poética autónoma y solitaria. Tempranamente desprendido de influencias foráneas y locales que incidieron en su producción más juvenil, desde 1919 hasta el presente ha realizado su mejor obra.

Maestro de Filosofía, el poeta ha querido y podido trasvasar siempre sus propias experiencias emocionales a la límpida ordenación de un sistema de ideas proyectado, luego, en armoniosas formas.

Con estas estructuras alejadas de lo fácilmente colorido y espontáneo, las que muchas veces canalizan sus profundas inquietudes de investigador, ha logrado Oribe una poesía valiosa y perdurable para la apreciación estética culta.

El Túmulo y la Danza

I

*Este cuerpo bien pudo ser algo más excelente
que la ergástula del ánima,
o el espejo ustorio de la belleza sensible
o el indigno habitáculo
de la paloma del Espíritu Santo.*

*Este cuerpo bien pudo tener
un destino más respetable
que el irse en el devenir irrisorio del tiempo,
como una máquina de células con números,
o ser el eje de una rueda de sombras
para el registro itinerante de universos y ol-
vidos*

II

*Este cuerpo bien pudo ser algo más
que una flor de púrpura y ala
en las grietas de una montaña,
para el banquete de otro pájaro siniestro,
o aquella columna de piedras preciosas
bajo el légamo de un pozo de aguas turbias,
o entre puentes colgantes y fosos de ciénagas,
el subterráneo de una lóbrega fortaleza.*

*Este cuerpo bien pudo ser el arco de triunfo
más suntuoso,
por donde pasaran miles de legiones
de esclavos bárbaros y eternos,
siempre los mismos y distintos,
repitiéndose sin tregua en circulares desfiles.*

III

*Este cuerpo bien pudo tener otro destino
que albergar el ídolo de un templo sin cultos,
en la penumbra de un santuario sin dioses,
entre círculos de humo*

*plegarias esperando
y ditirambos sin término.*

*En cambio pudo ser el brillante proscenio de
[un teatro
con miles de escenas de histriones y máscaras,
laberintos de música y palabras,
siempre las mismas en las mismas obras.*

IV

*Pero nunca este cuerpo
mereció ser el túmulo de ébano y espuma,
que es... Y sobre el cual
una resplandeciente bailarina desnuda
cruza siempre, por los tiempos,
sin pausas,
con un pie ante un abismo y otro pie ante una
[hoguera.*

*Con la vanidad
de creerse un alma eterna,
sólo una esclava desnuda
baila sobre este túmulo
que es el cuerpo mío.*

*Condenada está allí a su propio éxtasis,
en un danzar idéntico a sí mismo,
al ritmo de una música que ella solo presiente,
sin fatigarla nunca las cadenas
y viejos abalorios en sus hombros perfectos.*

*Nadie en los tiempos
ha de oír su canto o su llanto
ni ha de festejarla en el imperio
de su gran danza anónima.*

En la sublimidad de su decepcionante belleza.

El Pensamiento

*Me doy cuenta
de que voy muriendo
siempre que miro el cielo estrellado,
en su total hermosura,
inmutable y nuevo,
frente a mi pensamiento.*

*¿Qué más da morirse,
después
de haberlo así pensado
con el más trágico estuerzo,
es decir,
después de haberlo hecho uno
con el pensamiento mío?*

*¿Y de sospechar al fin,
que aquel alto cielo es tan sólo
un espejo nocturno,
en donde el sepulto enigma de nuestro pen-
[samiento,
en el eter desplégase
y puede así hacerse accesible a los humanos
[ojos?*

Saber de Amor y Muerte

I

*Oigo una voz que me advierte
que en los mundos más lejanos,
lo mismo que en los humanos
se une el amor con la muerte.*

II

*Lo mismo que en los humanos
la pena en luz se convierte.
En un pensamiento eterno
se une el amor con la muerte.*

*En un pensamiento eterno
mi alma ha de ir hasta verte.
Siempre, a tu lado, en la noche
se une el amor con la muerte.*

*Siempre, a tu lado, en la noche
siento el horror de perderte:
Siempre, a tu lado, en la noche
se une el amor con la muerte.*

III

*Siempre, a tu lado, en la dicha
oigo tu voz que me advierte
que en ti, y en mundos lejanos
se une el amor con la muerte*

Noche en la Acrópolis

IV

I

En la noche que precede a la luna llena,
cerca de las doce,
ascendí por las ásperas sendas
de la Acrópolis,

para admirar a solas bajo el lunado círculo,
los mármoles que inmovilizaron en el tiempo
los titánicos orgullos del hombre
por dominar lo eterno.

A mi lado ascendía una pareja
de jóvenes amantes,
que sólo buscaban soledad y encanto
allí donde mis ojos escrutaban
las palingenias del instante, la forma y la idea.

Los jóvenes iban como en los jardines de un parque,
indiferentes a todo lo que no fuera su amor.
De Atenas

ascendían luces y rumores de músicas
y el blanco monumento a la deidad de la sabiduría
estremeciase bajo el viento

como una colosal cítara de cuerdas de mármol,
abandonada.

II

Ensimismado el pensamiento
ante lo que más enorgullece a los hombres,
allí se concentra infinitamente
en lo eterno,

y evoca y se abisma y tortura,
y solloza en silencio,

frente a las ruinas
de lo hecho para transparentar
la belleza absoluta.

Durante más de dos mil años
de admiración y bárbaro escarnio,

allí se derrumbaba en la pétreo altura
la Acrópolis de Atenas,
y desde ella percibiase,

el cerúleo tumulto del mar Mediterráneo,
que brilla a lo lejos más joven que nunca,
indiferente a todo,

como si él sólo existiera,
libre de los dioses, los hombres y los templos.

III

Las horas nocturnas
bajo una plata fluida y transparente,

se deslizaron rápidas,
y en el pórtico del templete de las doncellas de Carias,

los amantes se inclinaron,
unieron sus cuerpos y labios,

y formaron sólo una vivida estatua,
o columna de un templo invisible,

tan perfecta
como las que allí cerca resplandecían.

¿Qué impulso temerario
los llevó a concentrarse
en su afán de eternidad en el amor,
allí donde la petulancia del tiempo
devoraba sin tregua
los más excelsos sueños habidos y las formas?

El le acariciaba
los rubios cabellos y los hombros,
y ella con los labios al aire de la noche
bebía con los párpados cerrados las delicias más suaves,
mientras sus manos recorrían
las graciosas columnas del templo
cual si fueran los árboles de un jardín conoído.

V

Más allá erguiase el rectángulo
del inmortal refugio

de la otra Sabiduría,
que fué dictada por el orden aureo,
que habita al hombre.
Y yo no sabré nunca

quienes habían rendido mejor homenaje
a lo divino,
y al trágico tormento de lo humano,
si aquellas dos criaturas embriagadas de dicha,
que ni se dignaron contemplar lo que los rodeaba,

o los otros humanos
que íbamos a escudarnos

en la razón ardiente,
en los mitos, los númenes y números,
pero que por pensar no gozábamos el enigma
del existir,
en su copa más diáfana.

En aquellos instantes
sólo librábamos nuestros pensamientos errabundos,
que se deslizaban absortos

y en fatigados vuelos,
sobre las divinidades dormidas o muertas.

V

Los amantes eran protagonistas auténticos

que prolongaban en el tiempo,
el éxtasis y el drama,
que allí empezaron
ya cuando se erigían los santuarios.

Nosotros éramos
espectadores póstumos,
nada más.

Tan ajenos y torpes ante la verdad y el milagro
eran nuestros pensamientos,

como las rocas de la escarpada colina,
las nubes y tierras que arrastraban los vientos,
y los nocturnos pájaros
que volvían a cobijarse sin cesar
en las grietas de los muros pelásgicos.